

ANTONIN ARTAUD

EL OMBLIGO DE LOS LIMBOS/

EL PESA NERVIOS

1925

Transcripción: VosYaSabésQuién
Octubre 2002

EL OMBLIGO DE LOS LIMBOS

EL OMBLIGO DE LOS LIMBOS

Allí donde otros exponen su obra yo sólo pretendo mostrar mi espíritu.

Vivir no es otra cosa que arder en preguntas. No concibo la obra al margen de la vida.

No amo en sí misma a la creación. Tampoco entiendo el espíritu en sí mismo. Cada una de mis obras, cada uno de los proyectos de mí mismo, cada uno de los brotes gélidos de mi vida interior expulsa sobre mí su baba.

Estoy en una carta escrita para dar a entender el estrujamiento íntimo de mi ser, tanto como estoy en un ensayo exterior a mí mismo y que se me presenta como una indiferente incubación de mi espíritu.

Sufro que el Espíritu no halle lugar en la vida y que la vida no se encuentre en el Espíritu, sufro del Espíritu-órgano, del Espíritu-traducción o del Espíritu-atermorizante-de-las-cosas para hacerlas ingresar en el Espíritu.

Yo dejo este libro colgado de la vida, deseo que sea masticado por las cosas exteriores y en primer término por todos los estremecimientos acuciantes, todas las vacilaciones de mi yo por venir.

Todas estas páginas se arrastran en el espíritu como témpanos. Perdón por mi total libertad. Me niego a hacer diferencias entre cada minuto de mí mismo. No acepto el espíritu planeado.

Es preciso acabar con el Espíritu como con la literatura. Quiero decir que el Espíritu y la vida se encuentran en todos

los grados. Yo quisiera hacer un libro que altere a los hombres, que sea como una puerta abierta que los lleve a un lugar al que nadie hubiera consentido en ir, una puerta simplemente ligada con la realidad.

Y esto no es el prefacio de un libro, como tampoco lo son los poemas que lo indican en la lista de todas las furias del malestar.

Esto no es más que un témpano atragantado.

Una gran pasión razonadora y superpoblada arrastraba a mi yo como un puro abismo. Resoplaba un viento carnal y sonoro, y el azufre también era denso. Y pequeñas raíces diminutas llenaban ese viento como un enjambre de venas y su entrelazamiento fulguraba. El espacio sin forma penetrable era calculable y crujiente. Y el centro era un mosaico de trozos como una especie de rígido martillo cósmico, de una pesadez deformada y que sin parar cae como un muro en el espacio con un estruendo destilado. Y la cubierta algodonosa del estruendo tenía la opción obtusa y una viva mirada que lo penetraba. Sí, el espacio entregaba su puro algodón mental donde ningún pensamiento era todavía claro ni devolvía su descarga de objetos. Pero paulatinamente la masa dio vueltas como una náusea potente y fangosa, una especie de fuerte flujo de sangre vegetal y detonante. Y las ínfimas raíces trémulas en el filo de mi ojo mental se arrancaban de la masa erizada del viento a una velocidad vertiginosa. Y todo el espacio como un sexo saqueado por el vacío ardiente del cielo, se estremeció. Y algo como un pico de paloma real socavó la masa turbada de los estados, todo el pensamiento más hondo se diversificaba, se disipaba, se volvía claro y reducido.

Entonces era preciso que una mano se transformara en el órgano mismo de la aprehensión. Y aún dos o tres veces giró la masa artificial y cada vez, mi ojo se enfocaba sobre un sitio más exacto. La oscuridad misma se hacía más densa y sin objeto. Todo el hielo ganaba la claridad.

Dios-el-perro contigo y su lengua
que atraviesa la costra como una saeta
del doble morrión abovedado
de la tierra que le causa ardor.

Y aquí está el triángulo de agua
que se aproxima con paso de chinche
pero que bajo la chinche ardiente
se transforma en cuchillada.

Bajo los senos de la espantosa tierra
dios-la-perra se ha marchado,
de los senos de la tierra y de agua congelada
que pudren los agujeros de su lengua.

Y aquí está la virgen-del-martillo
para masticar las cuevas de la tierra
donde la calavera del perro del cielo
siente crecer el horroroso nivel.

Doctor,

Hay un asunto sobre el cual hubiera querido insistir: es el de la relevancia de la cosa sobre la cual operan sus inyecciones; esta especie de languidecimiento esencial de mi ser, esta disminución de mi estiaje mental, que no quiere decir, como podría creerse, un rebajamiento cualquiera de mi moralidad (de mi alma moral) o ni siquiera de mi inteligencia, sino más bien de mi intelectualidad servible, de mis recursos razonantes, y que se relaciona más con el sentimiento que tengo yo mismo de mí mismo yo, que con lo que pongo de manifiesto a los demás de él.

Esta vitrificación sorda y polimorfa del pensamiento que en cierto momento elige su forma. Hay una vitrificación inmediata y llana del yo en el centro de todas las posibles formas, de todos los modos posibles del pensamiento.

Y, señor Doctor, ahora que usted está bien enterado de lo que puede ser alcanzado en mí (y curado por las drogas), de la zona de conflicto de mi vida, espero que sabrá suministrarme la cantidad suficiente de líquidos sutiles, de reactores especiosos, de morfina mental, capaces de sobreponer mi abatimiento, de enderezar lo que cae, de juntar lo que está separado, de reparar lo que está destruido.

Le saluda mi pensamiento.

DESCRIPCIÓN DE UN ESTADO FÍSICO

Una sensación de ardor quemante en los miembros, músculos contraídos y candentes, la sensación de estar vidriado y frágil, un miedo, una retracción ante el ruido y el movimiento. Una alteración inconsciente de la marcha, de los gestos, de los desplazamientos. Una voluntad eternamente rígida para los más simples gestos, la claudicación al ademán sencillo, una fatiga central y destructiva, una especie de fatiga mortal, de fatiga de espíritu para una utilización de la más mínima tensión muscular, el ademán de tomar, de agarrarse inconscientemente a algo, que será sostenido por una voluntad dedicada. Una fatiga de nacimiento de mundo, la sensación de cargar un cuerpo, un increíble sentimiento de fragilidad que se transforma en dolor partiente, un estado de doloroso endurecimiento, endurecimiento localizado en la epidermis, que no impide ningún movimiento pero cambia el sentimiento interior de un miembro y otorga a la posición vertical al galardón de un victorioso esfuerzo. Probablemente localizado en la piel, pero sentido por la amputación radical de un miembro, y no ofreciendo al cerebro otra cosa que imágenes de miembros filiformes y algodonosos, de imágenes de miembros distantes y que está fuera de su lugar. Una especie de quebradura interna de la correspondencia de todos los miembros.

Un vértigo desplazándose, una especie de pasmo oblicuo que se añade a todo esfuerzo, una coagulación de calor que oprime toda la superficie del cráneo, o se quiebra en pedazos, placas de calor en movimiento.

Un dolor paroxístico del cráneo, una incisiva presión de los nervios, la nuca agarrada al sufrimiento, las sienes que se cristalizan o se marmorizan, una cabeza pateada por caballos.

Ahora habría que referirse a una descorporización de la realidad, de esa especie de ruptura abocada, se diría, a reproducirse por sí misma entre las cosas y el sentimiento que ellas causan en nuestro espíritu, el lugar que ellas deben ocupar.

Esta ordenación inmediata de las cosas en las células del espíritu, no tanto en su orden lógico como en su orden sentimental, afectivo.

(que ya no se hace):

las cosas no tienen olor, no tienen sexo. Pero su ordenación lógica a veces también está partida por la falta, justamente, de aliento afectivo. Las palabras se pudren en el llamado inconsciente del cerebro, las palabras todas para no interesa qué operación mental, y sobre todo aquellas que pulsan los resortes más corrientes, los más activos del espíritu.

Un vientre aplanado. Un vientre de polvo fino y como en foco. Debajo del vientre una granada reventada.

La granada expande un flujo de copos que se eleva como lenguas de fuego, un fuego helado.

El flujo se agarra del vientre y lo hace girar. Pero el vientre no da más vueltas.

Son venas de sangre como vino, de sangre combinada con azufre y azafrán pero con un azufre endulzado con agua.

Sobre el vientre sobresalen los senos. Y más hacia arriba y en profundidad, pero en otro plano del espíritu un sol enardecido de manera que se podría pensar que es el seno el que arde. Y un pájaro al pie de la granada.

El sol parece que tuviera una mirada. Pero una mirada que estaría mirando el sol. Y el aire todo es una como una melodía gélida pero una extensa, honda melodía bien compuesta y secreta y colmada de ramificaciones congeladas.

Y todo construido con columnas, y con una especie de aguada arquitectónica que une el vientre con la realidad.

La tela está ahuecada y estratificada. La pintura está muy prensada a la tela. Es como un círculo que se cierra sobre sí mismo, una suerte de abismo en movimiento que se parte por el medio. Es como un espíritu que se ve y se ahueca, está modelado y trabajado sin cesar por las manos crispadas del espíritu. Mientras tanto el espíritu siembra su fósforo.

El espíritu está seguro. Tiene un pie bien apoyado en este mundo. El vientre, los senos, la granada, son como evidencias testimoniales de la realidad. Hay un pájaro muerto y hay un abundante surgimiento de columnas. El aire está plagado de golpes de lápices como de golpes de cuchillos, como de esquirlas de uña mágica. El aire está suficientemente alterado.

Así donde germina una semilla de irrealidad se dispone en células. Las células se colocan cada una en su lugar, en abanico, rodeando el vientre, delante del sol más lejos del pájaro y sobre ese flujo de agua sulfurosa.

Pero la arquitectura que sostiene y no dice nada es indiferente a las células.

Cada célula contiene un huevo donde se destaca ¿qué germen? Repentinamente nace un huevo en cada célula. En cada uno hay un hormigueo inhumano pero límpido, las diversificaciones de un universo detenido.

Cada célula contiene bien su huevo y nos lo ofrece; pero al huevo no le importa demasiado ser elegido o rechazado.

Algunas células no llevan huevo. En algunas crece una espiral. Y en el aire cuelga una espiral más grande pero como azufrada, de fósforo todavía y cubierta de irrealidad. Y esta espiral tiene toda la relevancia del pensamiento más potente.

El vientre lleva a recordar la cirugía y la Morgue, la bodega, la plaza pública y la mesa de operaciones. El cuerpo del vientre parece tallado en granito o en mármol o en yeso, pero un yeso endurecido. Hay un casillero para una montaña. Las burbujas del cielo dibuja sobre la montaña una aureola fresca y translúcida. Alrededor de la montaña el aire es sonoro, compasivo, antiguo, prohibido. La entrada a la montaña está prohibida. La montaña tiene su lugar en el alma. Ella es el horizonte de algo que no deja de retroceder. Produce la impresión del horizonte infinito.

Y yo describo con lágrimas esta pintura porque esta pintura me toca el corazón.

En ella siento desplegarse mi pensamiento como en un espacio ideal, absoluto, pero un espacio que tendría una

forma posible de ser insertada en la realidad. Caigo en ella del cielo.

Y alguna de mis fibras se desata y encuentra un lugar en determinados casilleros. A ella regreso como a mi fuente, allí siento el lugar y la disposición de mi espíritu. El que ha pintado esa tela es el más grande pintor del mundo. A André Mason lo que es justo.

POETA NEGRO

Poeta negro, te obsesiona
un seno de doncella
poeta amargo, la vida se agita
y arde la ciudad
y el cielo se diluye en agua,
y tu pluma punza el corazón de la vida.

Selva, selva, ojos irisados
sobre pináculos que se multiplican
hilos de tormenta, los poetas
montan caballos, montan perros.

Los ojos se enardecen, las lenguas giran
el cielo fluye hacia las fosas nasales
como una leche azul y nutritiva;
estoy atento a sus bocas
mujeres, rígidos corazones de vinagre.

CARTA AL SEÑOR LEGISLADOR DE LA LEY DE ESTUPEFACIENTES

Señor legislador

Señor legislador de la ley de 1916 aprobada por decreto de julio de 1917 sobre estupefacientes, usted es un castrado.

Su ley sólo sirve para fastidiar la farmacia del mundo sin beneficio alguno para el nivel toxicómano de la nación porque

1° La cantidad de toxicómanos que se proveen en las farmacias es insignificante;

2° Los auténticos toxicómanos no se proveen en las farmacias;

3° Los toxicómanos que se proveen en las farmacias son todos enfermos;

4° La cantidad de toxicómanos enfermos es insignificante en comparación con la de los toxicómanos voluptuosos;

5° Las reglamentaciones farmacéuticas de la droga jamás reprimirán a los toxicómanos voluptuosos y organizados;

6° Nunca dejará de haber traficantes;

7° Nunca dejará de haber toxicómanos por vicio, por pasión;

8° Los toxicómanos enfermos tienen un derecho imprescriptible sobre la sociedad y es que los dejen en paz. Es por sobre todas las cosas un asunto de conciencia.

La ley de estupefacientes deja en manos del inspector-usurpador de la salud pública el derecho de disponer del

sufrimiento de los hombres; es una arrogancia peculiar de la medicina moderna pretender imponer sus reglas a la conciencia de cada uno. Todos los berridos oficiales de la ley no tienen poder para actuar frente a este hecho de conciencia: a saber que soy mucho más dueño de mi sufrimiento que de mi muerte. Todo hombre es juez, y único juez, del grado de sufrimiento físico, o también de vacuidad mental que pueda verdaderamente tolerar.

Lucidez o no, hay una lucidez que nunca ninguna enfermedad me podrá arrebatarse es la lucidez que me dicta el sentimiento de mi vida física. Y si yo he perdido mi lucidez la medicina no tiene nada más que hacer que darme las sustancias que me permitan recuperar el uso de esta lucidez.

Señores dictadores de la escuela farmacéutica de Francia ustedes son unos sucios pedantes y hay algo que debieran considerar mejor: el opio es esa imprescriptible y suprema sustancia que permite reenviar a la vida de su alma a aquellos que han tenido la desgracia de haberla perdido.

Hay un mal contra el cual el opio es irremplazable y este mal se llama Angustia, en su variante mental, médica, psicológica, lógica o farmacéutica, como a ustedes les guste.

La Angustia que hace a los locos.

La Angustia que hace a los suicidas.

La Angustia que hace a los condenados. La Angustia que la medicina desconoce. La Angustia que su doctor no entiende.

La Angustia que arranca la vida.

La Angustia que corta el cordón umbilical de la vida.

Por su infame ustedes dejan en manos de gente en la que no tengo ninguna confianza, castrados en medicina,

farmacéuticos de mierda, jueces fraudulentos, parteras, doctores, inspectores doctorales, el derecho a disponer de mi angustia, de una angustia que en mí es tan mortal como las agujas de todas las brújulas del infierno.

¡Convulsiones del cuerpo o del alma, no existe sismógrafo humano que permita a quien me mire, llegar a una evaluación de mi sufrimiento más exacta que aquella fulminante de mi espíritu!

Toda la incierta ciencia de los hombres no es superior al conocimiento inmediato que puedo tener de mi ser. Soy el único juez de lo que hay en mí.

Regresen a sus cuevas, médicos parásitos, y usted también señor Legislador Moutonnier que usted no delira por amor de los hombres sino por tradición de imbecilidad. Su ignorancia total de ese que es un hombre sólo es equiparable a su idiotez pretendiendo limitarlo. Deseo que su ley caiga sobre su padre, su madre, su mujer y sus hijos y toda su posteridad. Mientras tanto yo aguanto su ley.

Allí donde tiemblan vitriolos vivientes
los poetas elevan sus manos,
el cielo ídolo sobre las mesas
se vuelve sobre sí mismo, y el fino sexo

empapa una lengua de hielo
en cada agujero, en cada lugar
que al avanzar el cielo deja libre.

El suelo está emparedado de almas
y de mujeres con un sexo hermoso
donde los minúsculos cadáveres
reflejan sus momias.

Hay una angustia agria y turbia, tan aguda como un cuchillo y donde el descuartizamiento tiene el peso de la tierra, una angustia en centellas, en suspensión de abismos, oprimidos y apretados como chinches, como una suerte de piojos rígidos con sus patas paralizadas, una angustia donde se estrangula el espíritu y se corta a sí mismo, -se aniquila.

No consume nada que no le sea propio, nace de su propia asfixia.

Es un congelamiento de la médula, una falta de fuego mental, una falta de movimiento de la vida. Pero la angustia del opio tiene otro color, no tiene esta declinación metafísica vertiginosa, este maravilloso defecto de acento. La imagino colmada de cuevas y ecos, de vueltas, de laberintos; colmada de lenguas de fuego hablantes, de ojos mentales en acción y del estruendo de un rayo sombrío y pleno de razón.

Pero entonces me imagino el alma bien ubicada y aún así en el infinito divisible y transportable como algo que es. Imagino el alma que siente y lucha y otorga consentimiento y hace girar a sus lenguas en todas direcciones, prolifera su sexo -y se mata.

Es preciso conocer la auténtica nada deshilachada, la nada que ya no tiene órgano. La nada del opio tiene en sí como la forma de la frente que piensa, que ha localizado el sitio del agujero negro.

Yo me refiero a la ausencia de agujero, de cierto sufrimiento helado y sin imágenes, sin emociones y que resulta como un golpe indecible de abortos.

EL PESA NERVIOS

EL PESA-NERVIOS

De verdad he sentido que partías la atmósfera a mi alrededor, que hacías el vacío para permitirme avanzar para hacer el lugar de un espacio imposible a lo que en mí se encontraba todavía sólo en potencia, a toda una virtual fecundación y que debía nacer atraída por el lugar que se le ofrecía.

A menudo me he puesto en ese estado de absurdo imposible, para intentar que el pensamiento nazca en mí. En esta época somos sólo algunos los empeñados en atender contra las cosas, en crear espacios para la vida en nosotros, espacios que no había ni parecía que tenían que encontrar lugar en el espacio.

Siempre me resultó sorprendente esa obstinación del espíritu que pretende pensar en espacios y en dimensiones y afincarse en algunos estados arbitrarios de las cosas para pensar; en pensar en tramos, en cristaloides y que cada forma del ser quede solidificada desde el principio, que el pensamiento no esté en conexión apremiante y permanente con las cosas, sino que esa fijeza y ese hielo, esa suerte de colocación en movimiento del alma se produzca, por decirlo de alguna manera, ANTES DEL PENSAMIENTO. Evidentemente esa es la condición adecuada para crear.

Pero más me sorprende esa incansable, esa meteórica ilusión que nos sugieren ciertas arquitecturas circunscritas, pesadas; esos tramos de alma cristalizados como si fueran una gigante página plástica y en ósmosis con el resto de

realidad. Y la surrealidad es como un angostamiento de la ósmosis, una especie de comunicación verbal replegada hacia atrás. Sin embargo no veo en eso un decrecimiento del control, por el contrario veo un mayor control pero que en lugar de actuar, desconfía, un control que obstaculiza los encuentros de la realidad corriente y da lugar a encuentros más sutiles y enrarecidos, encuentros afinados como la sogá que se enciende y nunca se corta.

En virtud de esos encuentros, imagino un alma elaborada y como sulfurada y fosforosa, como si no hubiera otro estado aceptable de la realidad.

Pero no sé que clase de lucidez innominada, extraña, es la que me da el tono y el grito de aquellos y hace que los sienta en mí mismo. Los advierto a causa de una insoluble totalidad, quiero decir que no tengo dudas acerca de su sensación. Y ante esos agitados encuentros yo estoy en un estado de mínima alteración, quisiera que uno pudiera imaginar una nada detenida, una masa de espíritu recluida en algún sitio, transformada en virtualidad.

A un actor se lo ve como detrás de un vidrio.

La inspiración graduada. No debe dejarse demasiado lugar a la literatura.

Sólo me he referido a la relojería del alma, sólo transcribí el dolor de un ajuste malogrado. Soy un total abismo. Aquellos que me creían capaz de un dolor íntegro, de un hermoso dolor, de angustias completas y carnosas, de angustias que son una combinación de objetos, una pulverización efervescente de fuerzas y no un punto detenido

-y sin embargo con impulsos agitados, desarraigantes que
proviene de la confrontación de mis fuerzas con esos
abismos de un absoluto ofertado,
(de la confrontación de fuerzas de volumen poderoso)
y no hay ya más que abismos voluminosos, la detención, el
frío,
-aquellos que me han atribuido más vida, que me han
imaginado en un menor grado de mi caída, que han
supuesto que me encontraba como sumergido en un
impulso torturado, en una tenebrosa oscuridad con la que
me debatía,
-están extraviados en las tinieblas del hombre.

Los nervios tensos a lo largo de las piernas en el sueño.
El sueño se generaba en un desplazamiento de creencia, el
abrazo se ablandaba, lo insólito andaba por los pies.
Es preciso que se comprenda que toda la inteligencia no es
otra cosa que una extensa eventualidad, y que se la puede
perder ya no como el alienado inerte, sino como el ser vivo
que está en la vida y que sobre él recae la atracción y el
soplo (no de la vida, sino de la inteligencia)
Los parpadeos de la inteligencia y ese repentino
trastocamiento de las partes.
Las palabras a medio camino de la inteligencia. Esa suerte
de poder pensar hacia atrás y de invectivar repentinamente
su pensamiento.
Ese diálogo en el pensamiento.
La asimilación, la fractura de todo.
Y de pronto esa línea de agua sobre un volcán, la caída leve
y demorada del espíritu.

Encontrarse otra vez en un estado de máxima conmoción, despejado de irrealidad, con trozos del mundo real en un rincón de sí mismo.

Pensar sin mínima fractura, sin artilugios de pensamiento, sin uno de esos abruptos escamoteos a los cuales mis médulas están habituadas como columnas transmisoras de corrientes.

A veces mis médulas se entretienen con esos juegos, se satisfacen en esos juegos, se satisfacen en esos raptos sigilosos a los que gobierna la cabeza de mi pensamiento. Sólo me bastaría una palabra, a veces nada más que una sílaba sin importancia para ser grande, para hablar con la voz de los profetas, una sílaba testimonio, una sílaba precisa, sutil, una sílaba bien añejada en mis médulas, surgida de mí mismo, que permaneciera en el punto máximo de mi ser y que no significara nada para todo el mundo. Soy testigo de mí mismo, el único testigo. De esa cubierta de palabras, esas casi imperceptibles trasmutaciones de mi pensamiento en voz baja, de esa mínima zona de mi pensamiento que yo hago parecer que estaba formulada y que aborta, soy el único juez capaz de suponer su alcance.

Una especie de mengua constante del nivel normal de la realidad.

Bajo esta cáscara de hueso y de piel que es mi cabeza hay una constante de angustias, no como un asunto moral, como los razonamientos de una naturaleza estúpidamente puntillosa, o acostumbrada por un sedimento fermentado de

ambiciones en el sentido de la altura, sino como una
(decantación)
en el interior,
como el despojamiento de mi sustancia vital, como el
extravío de la fuerza física esencial (digo extravío por parte
de la esencia)
de un sentido.

Una impotencia para cristalizar de manera inconsciente el
punto partido del automatismo sea cual fuere su grado.

Lo difícil es encontrar su lugar adecuado y volver a
establecer la comunicación con uno mismo. El todo está en
una especie de floculación de las cosas, en la unión de toda
ese pedregullo mental que gira en torno a un punto que es
precisamente el que hay que encontrar.

Y lo que yo pienso del pensamiento es:

CIERTAMENTE EXISTE LA INSPIRACION.

Y hay un punto fosforoso donde se recupera toda la
realidad, pero distinta, metamorfoseada, -¿y por qué?-, un
punto de uso mágico de las cosas. Y yo creo en aerolitos
mentales, en cosmogonías individuales.

Saben en qué consiste la sensibilidad suspendida, esa
especie de vitalidad terrorífica y partida en dos, ese punto
de aglutinación necesaria a la que el ser ya no se eleva
más, ese sitio amenazante, ese lugar que horroriza.

Queridos amigos:

Lo que ustedes han tratado como mis obras eran sólo los deshechos de mí mismo, esos arañazos del alma que el hombre común no acoge.

Que desde entonces mi mal haya retrocedido o avanzado, no es donde está para mí la cuestión, sino en el dolor y la sideración persistente de mi espíritu.

Ahora estoy de regreso en M., donde he recuperado la sensación de embotamiento y de vértigo, esa necesidad impostergable y alocada de dormir, esa pérdida repentina de mis fuerzas con un sentimiento de enorme dolor de embrutecimiento instantáneo.

Hay aquí alguien en cuyo espíritu no se endurece ningún sitio y no siente de repente su alma a la izquierda, a un costado del corazón. Alguien para quien la vida es un punto y para quien el alma no tiene fragmentos, ni el espíritu tiene comienzos.

Por supresión del pensamiento soy imbécil, por malformación del pensamiento, estoy vacío por estupefacción de mi lengua. Mal-formación, mal-aglutinación de un cierto número de esos corpúsculos vitreos de los cuales tú haces un uso tan poco considerado. Un uso que desconoces, del que nunca has tomado parte.

Todos los términos que selecciono para pensar son para mí TERMINOS en el propio sentido de la palabra, auténticas terminaciones, lindes de mi mente, de todos los estados por los que hecho pasar mi pensamiento.

Estoy auténticamente LOCALIZADO por mis términos, y si afirmo que estoy localizado por mis términos, es porque no los considero como válidos en mi pensamiento. Estoy verdaderamente congelado por mis términos, por una serie de terminaciones. Y por FUERA que ande en este momento

mi pensamiento, sólo puedo hacerlo pasar por esos términos, tan controvertidos para él, tan paralelos, tan confusos como puedan ser, con el riesgo de dejar, en esos momentos, de pensar.

Si uno al menos pudiera disfrutar de su nada, si uno pudiese reposar en su nada y que esa nada no fuera una especie de ser pero tampoco la muerte total.

Es tan tortuoso no existir más, dejar de ser en alguna cosa. El dolor verdadero es sentir en uno mismo cómo se desplaza el pensamiento. Pero el pensamiento en sí no es un sufrimiento. Estoy en el punto en que la vida ya no me concierne, pero con todos los apetitos y el parpadeo insistente del ser dentro de mí. Sólo tengo una ocupación, rehacerme.

No hay una concordancia de las palabras con el minuto de mis estados.

"Pero si es algo normal, pero si a todo el mundo le faltan palabras, usted es demasiado duro con usted mismo, al escucharlo no da esa impresión, usted se expresa perfectamente en francés, pero le da una importancia excesiva a las palabras."

Son todos unos farsantes, desde el inteligente hasta el obtuso, desde el astuto hasta el torpe, son unos cretinos, quiero decir que ustedes son todos unos perros, quiero decir que ladran hacia fuera, que se empecinan en no comprender. Me conozco y eso me es suficiente, y eso debe ser suficiente, me conozco porque asisto a mí mismo, asisto a Antonin Artaud.

- Usted se conoce pero lo vemos, vemos perfectamente lo que hace.
- Sí, pero ustedes no ven mi pensamiento.

En cada uno de los estados de relojería pensante hay agujeros, detenciones, entiéndanme bien, no quiero decir en el tiempo, quiero decir en una cierta clase de espacio (yo me entiendo); no me refiero a un pensamiento en extensión, un pensamiento en duración de pensamientos, quiero decir UN pensamiento, uno solo, y un pensamiento EN INTERIOR, pero no quiero decir un pensamiento de Pascal, un pensamiento filosófico, quiero decir la detención deformada, la esclerosis de cierto estado. ¡Y entiende! Me considero en mi nimiedad. Pongo el dedo en el punto exacto de la grieta, del desplazamiento inconfesado. Ya que el espíritu es más reptiloide que ustedes mismos. Señores, se esconde como la serpiente, se esconde hasta amenazar a nuestras lenguas, quiero decir hasta dejarlas en suspenso. Soy ese, el que mejor ha sentido el asombroso desconcierto de su lengua en sus relaciones con el pensamiento. Soy el que mejor ha ubicado el punto de sus más secretos, de sus más insospechables desplazamientos. Me extravió auténticamente en mis pensamientos, como en un sueño, como se introduce súbitamente en su pensamiento. Yo soy el que conoce los escondrijos de la pérdida. Toda escritura es una cochinada. Los que salen de la vaguedad para querer determinar lo que sea de lo que pasa en su pensamiento son unos cochinos. Todos los literatos son cochinos y en especial los de esta época.

Todos los que en su espíritu tienen hitos, en cierto lugar de la cabeza es lo que quiero decir; en lugares bien localizados de su cerebro, todos esos que son amos de su lengua, todos esos para quienes las palabras tienen algún sentido, para quienes existen niveles en el alma y corrientes en el pensamiento, aquellos que se consideran el espíritu de su época, y que han encasillado esas corrientes de pensamiento; pienso en sus tareas específicas, y en ese rechinar de autómatas que causa su espíritu en cualquier parte;

- son unos cochinos.

Esos que creen que las palabras tienen un sentido y ciertas maneras de ser, esos que tan bien hacen cumplidos, esos para quienes hay en los sentimientos clases y discuten sobre un grado cualquiera de sus absurdas clasificaciones, los que todavía creen en "términos", esos que agitan ideologías que se van estableciendo en la época, esos cuyas mujeres hablan tan correctamente y que hablan de las ideas del momento, esos que todavía creen en una dirección del espíritu, esos que siguen caminos, que elevan nombres, que hacen vociferar las páginas de los libros,

- esos son los peores cochinos. ¡Muchacho, eres arbitrario! No, pienso en críticos barbudos.

Y ya se los he dicho: nada de obras, nada de lengua, ninguna palabra, nada de espíritu, nada. Nada, sólo un hermoso Pesa-nervios.

Una especie de zona incomprensible y bien erecta en el centro de todo el espíritu.

Y no esperen que les nombre ese todo, en cuántas partes se divide, que les diga cuánto pesa, que marche, que me preste a discutir sobre ese todo y que en la disputa me

pierda y me ponga así sin saberlo a PENSAR -y que se esclarezca, que viva, que se cubra de infinidad de palabras todas bien saturadas de sentido, todas diversas y capaces de echar luz sobre las actitudes, todos los matices de un muy sensitivo y penetrante pensamiento.

¡Ah! esos estados que nunca se nombran, esos eminentes estados del alma, ¡ah! esos intervalos del espíritu, ¡ah! ínfimos frustrados que son el pan cotidiano de mis horas, ah, ese pueblo rumiante de datos, -siempre son las mismas palabras las que me sirven y en verdad no parezco desplazarme demasiado en mi pensamiento, pero me muevo más que ustedes en la realidad, cabezas de asnos, cochinos pertinentes, maestros del fraudulento verbo, cachivacheros de retratos, folletinistas, rastros, entomólogos, herboristas, llaga de mi lengua.

Ya les he dicho: que yo ya no tenga mi lengua no es una razón para que ustedes persistan, para que se obstinen con la lengua.

Dentro de diez años seré comprendido por esos que hoy harán lo que ustedes hacen. Se conocerán entonces mis témpanos, se verán mis hielos, habrán aprendido a desnaturalizar mis venenos, se descubrirán los juegos de mi alma.

Entonces todos mis cabellos estarán condensados en cal, todas mis venas mentales, entonces se observará mi bestiario, y mi música se habrá transformado en un sombrero. Entonces se verá salir humo de las juntas de las piedras y ramos umbríos de ojos mentales se solidificarán en glosarios, se verán entonces caer aerolitos de piedras, entonces se verán sogas, entonces se comprenderá la geometría sin espacios y se aprenderá lo que es la

disposición del espíritu y también se comprenderá por qué mi espíritu no está aquí, entonces verán agotarse todas las lenguas, disecarse todos los espíritus, entumecerse la totalidad de las lenguas, las figuras humanas se achatarán, se consumirán como siendo chupadas por ventosas secantes, y esa tela lubricante seguirá dotando en el aire, esa tela lubricante y cáustica, esa membrana de doble espesor, de múltiples grados, de incontables grietas, esa membrana melancólica y vitrea, pero tan sensible, tan adecuada también, tan capaz de multiplicarse, de desmontarse, de volverse sobre sí con sus reverberaciones de grietas, de sentidos, de estupefacientes, de irrigaciones penetrantes y venosas, entonces todo esto les parecerá bien, y ya no será preciso que yo hable.

PRIMERA CARTA CONYUGAL

Cada una de tus cartas aumenta la incomprensión y la estrechez de espíritu de las anteriores; juzgas con tu sexo y no con tu pensamiento como lo hacen todas las mujeres. Confundirme yo, con tus razones. ¡Te burlas! Pero lo que me irritaba era verte volver sobre las razones que hacían tabla rasa sobre mis razonamientos, cuando uno de esos mismos te había llevado a la evidencia.

Todos tus razonamientos y tus infinitas disputas no podrán impedir que no sepas nada de mi vida y que me condenes por un mínimo fragmento de ella misma. No debería siquiera serme necesario justificarme ante ti si sólo fueras, hí misma, una mujer prudente y equilibrada, pero tu imaginación te enloquece, una sensibilidad sobre aguda que no te permite enfrentar la verdad. Contigo cualquier discusión es imposible. Sólo me queda decirte una cosa: mi espíritu siempre fue confuso, un achatamiento del cuerpo y del alma, esa suerte de contracción de todos mis nervios. Si me hubieras visto hace algunos años, por períodos más o menos cercanos, antes aún de que en mi se sospechara el uso del que tú me recriminas, dejarías de extrañarte, ahora, del retorno de esos fenómenos. Si por otra parte estás convencida, si te parece que su reincidencia se debe a ello, entonces no hay nada que decir, contra un sentimiento no se puede luchar.

De cualquier manera ya no puedo contar contigo en mi angustia, ya que te niegas a ocuparte de la parte de mí más afectada: mi alma. No me has juzgado, por otra parte,

nunca de otra manera que por mi aspecto externo como hacen todas las mujeres, como hacen todos los imbéciles, cuando lo que está más destruido, más arruinado es mi alma interior; y no puedo perdonarte eso, pues las dos no siempre coinciden, desafortunadamente para mí. En cuanto a lo demás, te prohíbo hablar otra vez.

SEGUNDA CARTA CONYUGAL

Necesito a mi lado una mujer sencilla y equilibrada, y cuya alma agitada y oscura no alimentara continuamente mi desesperación. Los últimos tiempos te veía siempre con un sentimiento de temor e incomodidad. Sé muy bien que tus inquietudes por mí son a causa de tu amor, pero es tu alma enferma y malformada como la mía la que exaspera esas inquietudes y te corrompe la sangre. No quiero seguir viviendo contigo bajo el miedo.

Agregaré que además necesito una mujer que sea mía exclusivamente, y que pueda encontrar en todo momento en mi casa. Estoy aturdido de soledad. Por la noche no puedo regresar a un cuarto solo sin tener a mi alcance ninguna de las comodidades de la vida. Me hace falta un hogar y lo necesito enseguida, y una mujer que se ocupe de mí permanentemente, incapaz como soy de ocuparme de nada, que se ocupe de mí hasta de lo más insignificante. Una artista como tú tiene su vida y no puede hacer otra cosa. Todo lo que te digo es de una mezquindad atroz, pero es así. No es preciso siquiera que esa mujer sea hermosa, tampoco quiero que tenga una excesiva inteligencia, y menos aún que piense demasiado. Con que se apegue a mí es suficiente.

Pienso que sabrás reconocer la enorme franqueza con que te hablo y sabrás darme la siguiente prueba de tu inteligencia: comprender muy bien que todo lo que te digo no rebaja en nada la profunda ternura, y el indeclinable sentimiento de amor que te tengo y seguiré teniendo

inalienablemente por ti, pero ese sentimiento no guarda ninguna relación con el devenir corriente de la vida. La vida es para vivirse. Son demasiadas las cosas que me unen a ti para que te pida que lo nuestro se rompa; sólo te pido que cambiemos nuestras relaciones, que cada uno se construya una vida diferente, pero que no nos desunirá más.

TERCERA CARTA CONYUGAL

Desde hace cinco días he dejado de vivir a causa de ti, a causa de tus estúpidas cartas, por tus cartas no de espíritu sino de sexo, por tus cartas llenas de reacciones de sexo y no de razonamientos conscientes. Estoy harto de nervios, harto de razones; en lugar de protegerme, tú me agobias, me agobias por que lo que dices es errado. Siempre has errado. Siempre me has juzgado con la sensibilidad más baja que hay en la mujer. Te empeñas en no admitir ninguna de mis razones. Pero a mí ya no me quedan razones, ya no tengo nada de qué disculparme, ya no tengo nada que discutir contigo. Conozco mi vida y eso me alcanza. Y en el instante en que comienzo a meterme en mi vida, más y más me socavas, causas mi desesperación; cuantos más motivos te doy para esperar, para que seas paciente, para tolerarme, más encarnizadamente te empeñas en destrozarme, en hacerme perder los beneficios logrados, más intolerante eres con mis males. Del espíritu lo desconoces todo, nada sabes de la enfermedad. Todo lo juzgas llevada por las apariencias externas. Pero yo conozco mi interior, ¿verdad?, y cuando te grito no hay nada en mí, nada en mi persona, que no sea causado por la existencia de un mal anterior a mí mismo, previo a mi voluntad, nada en ninguna de mis más inmundas reacciones que no provenga exclusivamente de mi enfermedad y no le fuera imputable, sea cual sea el caso, vuelves a esgrimir tus razones equivocadas que se fijan en los detalles nimios de

mi persona, que me condenan por lo más mezquino. Pero cualquier cosa que yo haya podido hacer de mi vida, ¿no es verdad? no me ha impedido retornar paulatinamente a mi ser e instalarme un poco más cada día. En ese ser que la enfermedad me había arrebatado y que los reflujos de la vida me reintegran pedazo a pedazo. Si no supieras a qué me había entregado para limitar o extirpar los dolores de esa separación intolerable, tolerarías mis desequilibrios, mis estruendos, ese desmoronamiento de mi persona física, esas ausencias, esos achatamientos. Y en virtud de que supones que se deben al uso de una sustancia, que de sólo nombrarla oscurece tu razón, me acosas, me amenazas, me arrastras a la locura, me destrozadas con tus manos ira la materia misma de mi cerebro. Sí, me obligas a obstinarme más conmigo mismo, cada una de tus cartas parte a mi espíritu en dos, me tira a insensatos callejones sin salida, me destruye con desesperaciones, con furores. No puedo más, te he gritado suficiente. Deja de razonar con tu sexo, asimila de una vez la vida, toda la vida, ábrete a la vida, mira las cosas, mírame, renuncia, y deja al menos que la vida me abandone, se expanda ante mí, en mí. No me agobies. Basta.

La Cuadrícula es un momento espantoso para la sensibilidad, la materia.